

Daniela Paola Bruno danielapaolabruno@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-7071-4733>

Laboratorio de Investigación en Comunicación y Género

Facultad de Periodismo y Comunicación Social - Universidad Nacional de La Plata

Argentina

Resumen

En este artículo la autora caracteriza los enfoques que asumen la cultura como clave analítica de la acción colectiva y que analizan los procesos simbólicos y cognitivos que tienen lugar en las organizaciones y redes de los movimientos sociales; donde se gestan los marcos de significados y las identidades colectivas que confieren sentido a la participación social y explican, al menos en parte, el surgimiento, desarrollo y persistencia de un movimiento social en el tiempo. También caracteriza la recepción crítica que este giro cultural en el estudio de la acción colectiva tuvo en América Latina hacia fines del siglo pasado, a partir de las categorías de clase y los aportes de los estudios culturales latinoamericanos.

Palabras clave

Cultura, movimientos sociales, producción de sentido

Abstract

In this article we characterize the approaches that assume culture as key analytical collective action and analyzing the symbolic and cognitive processes that take place in organizations and networks of social movements, where the frames of meaning and collective identities are conceived to give meaning to social participation and explain, at least in part, the emergence, development and persistence of a social movement in time. We also characterize the critical reception that this «cultural turn» in the study of collective action had in Latin America by the end of the last century, specifically from class category and the contributions of recent Latin American cultural studies.

Keywords

Culture, social movement, social meaning

Procesos simbólicos y cognitivos
en las organizaciones y redes sociales

La cultura como clave analítica de la acción colectiva popular

Por Daniela Paola Bruno

D

Desde el siglo XIX hasta la década de 1960, el concepto de movimiento social (MS) definía a una acción colectiva consciente, sostenida por un grupo que se identificaba en términos de nación o clase social, que transgredía los límites institucionales impuestos por un sistema social y político determinado, y que perseguía un cambio sustancial del propio sistema.

A partir de los años 70 los MS dejan de ser interpretados como patología o desvío social y se intenta estudiar el modo de organización de los movimientos, o las relaciones sociales que dan lugar a conflictos constitutivos de las identidades colectivas.

A partir de ese momento el estudio de los MS experimentó un notable desarrollo y singular importancia. En la investigación contemporánea han sido tres los principales enfoques para la investigación de los MS a partir de los años ochenta. Con ámbito de influencia en EEUU, el enfoque de las oportunidades políticas estudia a las constricciones políticas del contexto de surgimiento de los MS y el vínculo de estos con el sistema político institucionalizado.

También con influencia de la sociología norteamericana, los estudios sobre las estructuras de movilización o movilización de recursos analizan la dinámica organizacional de la acción colectiva como uno de los factores determinantes del surgimiento y desarrollo de los MS.

La cultura como categoría y como dimensión de análisis en las investigaciones sobre acción colectiva y MS, adquirió una revalorización acentuada a partir de los años sesenta influenciada por las perspectivas posestructuralistas y posmodernistas que centraban su atención en los discursos; y que contradijeron la visión funcionalista que veía a la cultura como conjunto fijo y predeterminado de normas y valores heredados del pasado. Este «giro cultural» en el estudio de la acción colectiva tuvo como preocupación central, dicho de manera general, el análisis de los procesos simbólicos y cognitivos que tienen lugar en las organizaciones y redes de los movimientos sociales en las cuales se gestan los marcos de significados y las identidades colectivas que confieren sentido a la participación en los movimientos y explican, al menos en parte, su surgimiento, desarrollo y persistencia en el tiempo. A pesar del reconocimiento otorgado a esta dimensión de los movimientos algunos especialistas señalan que hasta inicios de este milenio no existían estudios sistemáticos en los que se reflexione sobre los «esfuerzos estratégicos deliberados en orden a forjar formas compartidas de considerar al mundo y a sí mismos, y que legitimen y muevan a la acción colectiva» (Mc Adam, Mc Carthy & Zald 1999: 25-27).

No obstante la cultura como clave analítica de la acción colectiva vuelve inteligible la configuración política, ideológica e identitaria de la acción colectiva y habilita definiciones más complejas que entienden que los MS son acciones sociopolíticas construidas por actores sociales colectivos pertenecientes a diferentes clases y camadas sociales, articuladas en ciertos escenarios de coyuntura socioeconómica y política de un país, creando un campo político de fuerza social en la sociedad civil. A expensas de este análisis cultural es posible pensar cómo los MS se estructuran a partir de repertorios creados sobre temas y problemas en conflictos, litigios y disputas experimentados por el grupo de la sociedad, desarrollando un proceso social y político cultural que crea una identidad colectiva para el movimiento, a partir de intereses en común. Esta identidad se amalgama por la fuerza del principio de solidaridad y se construye a partir de la base de referencia de los valores culturales y políticos compartidos por el grupo, en espacios colectivos no institucionalizados (Gohn, 2006).

En este artículo repasaré algunos de los aportes que diferentes teorías de la acción colectiva hicieron al estudio de los ms en clave cultural y la recepción crítica en el contexto latinoamericano más actual.

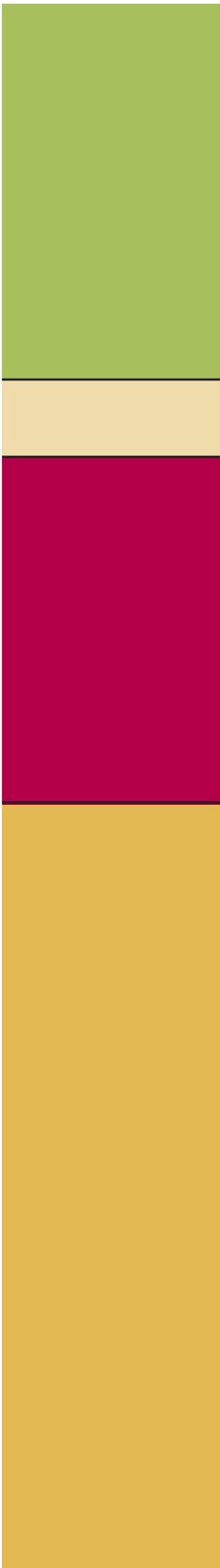
Las perspectivas constructivistas de la acción colectiva

Las perspectivas de la construcción social (Laraña, 1999) adquirieron creciente importancia en el estudio de los ms desde la mitad de los años ochenta del siglo veinte al proponer un abordaje alternativo a las que los explicaban por factores externos a ellos¹. Se interesan particularmente por la comprensión de lo que acontece hacia el «interior» de los ms (Laraña, 1999), sus dinámicas organizacionales y los procesos simbólicos y cognitivos que tienen lugar en las organizaciones y redes de los movimientos, en los cuales se gestan los marcos de significado y las identidades colectivas que confieren sentido a la participación, y que nos permiten entender cómo y por qué estos surgen, y se mantienen en el tiempo.

A diferencia de los enfoques que las precedieron las perspectivas constructivistas siguieron una aproximación más fluida y situada, sin la pretensión de encontrar correlaciones causales, y más centrada en procesos multidimensionales de carácter cultural, para comprender analíticamente la existencia de un movimiento (Laraña, 1999).

Según Mc Adam, Mc Carthy y Zald, hacía fines del siglo pasado cinco habían sido los tópicos frecuentes en los escasos y asistemáticos estudios sobre la dimensión cultural de los ms: los referidos al «bagaje cultural» (Swidler, 1986) a disposición de los contestatarios; las estrategias enmarcadoras por las que optan los grupos; las disputas de sentido entre los movimientos que intentan consolidarse y las de otros actores, en especial el estado y los contramovimientos que pudieran haber surgido; la estructura y el papel desempeñado por los medios de comunicación masiva; y el impacto o eficacia de la acción colectiva para modificar elementos culturales que constituyeron la razón de ser del movimiento (1999: 44).

Para Laraña (1999) los enfoques constructivistas para la investigación de los ms que adquirieron importancia en los años ochenta



fueron el de la movilización de recursos (MR) (o estructuras de movilización) y el de los nuevos movimientos sociales (NMS), con ámbito de influencia en EEUU y Europa respectivamente. Aunque los estudios sobre procesos enmarcadores (PE) o marcos de significados –de acuerdo a la denominación de McAdam, McCarthy y Zald (1999)– o la teoría de la movilización política (MP) –de acuerdo con la categorización de Gohn (2006)– no aparecen suficientemente problematizados en el planteo de Laraña, en este trabajo voy a considerarlos como parte del constructivismo, en tanto y en cuanto problematizan ese elemento mediador entre oportunidad, organización y acción, a saber, los significados compartidos y los conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación y actuar.

El carácter constructivista y complementario de todos estos enfoques radica en que mientras la perspectiva estadounidense enfatiza en la dinámica organizacional y la capacidad de los movimientos para producir marcos de significados que destacan y dotan de sentidos a determinados hechos, la europea relaciona esos marcos con el desarrollo de las identidades (Laraña, 1999).

La perspectiva estadounidense: movilización de recursos (MR) y procesos enmarcadores (PE)

Los estudios de MR analizan la dinámica organizacional de la acción colectiva. Estudian las variables organizativas y mecanismos a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva, las redes de sociabilidad voluntaria que sostienen a un movimiento, las infraestructuras organizativas de las que se dispone para tomar decisiones y ejecutarlas, y la capacidad de influencia de los MS en las estructuras estatales y «la cultura organizativa» de un país.

La teoría de la MR tal y como fuera inicialmente formulada por McCarthy y Zald (1973 y 1977) rechazó los componentes psicológicos como factores explicativos de las acciones colectivas, pasando a enfocar los movimientos sociales en forma similar a los partidos políticos, lobbies y grupos de intereses, lo cual marcó una diferencia clara respecto de los paradigmas clásicos del comportamiento colectivo (Gohn, 2006). Sin embargo, la segunda de las corrientes teóricas que impulsó el estudio de las

dinámicas organizacionales de la acción colectiva cuestionó la equiparación entre movimientos sociales y organizaciones formales de estos planteos iniciales. A partir del trabajo pionero de Charles Tilly (1978) algunas investigaciones como las de Morris (1981 y 1984) McAdam (1982) y Evans (1980) comenzaron a prestar especial atención al papel crítico de las redes sociales básicas e informales como «núcleos socioculturales cotidianos de micro movilización» sobre cuyo soporte organizativo se podían levantar posteriormente grandes movilizaciones colectivas (García Linera, Chávez León & Costas Monje, 2010).

Parte de los intereses de los estudios de MR lo constituyen los repertorios de protesta (Tilly; 1993 y 1997) referidos a los medios que el movimiento emplea para hacer conocer sus demandas e influir en los sectores adversarios. Tilly propuso diferenciar entre repertorios reactivos y proactivos de la movilización. Los primeros tienen que ver con acciones de protesta dirigidas a resistir la intromisión de fuerzas externas en el control de los recursos colectivos, en tanto que los segundos buscan la conquista de algún derecho que no existía anteriormente.

Otro tema de preocupación habitual de los estudios de MR fue el devenir del movimiento que, dependiendo de su composición interna, del grado de receptividad del sistema de gobierno y de los objetivos, podría institucionalizarse, priorizar la prestación de servicios remunerados a sus miembros o bien acentuar los incentivos sociales de solidaridad con los sectores sociales de base (García Linera, Chávez León y Costas Monje, 2010).

Estos estudios de MR conciben a los MS como grupos racionalmente organizados que persiguen determinados fines, y cuyo surgimiento depende de los recursos organizativos de que disponen. El modelo de actor, individual y colectivo, que sigue el enfoque de la movilización abrevia en la teoría de la elección racional, por lo que destaca, valga la redundancia, el carácter «racional» de la acción y su orientación hacia la maximización de beneficios, basada en el cálculo de los costes y ventajas de la participación en un movimiento. La movilización de recursos supone una importante crítica a las clásica «teoría del comportamiento colectivo»², prevaleciente en Estados Unidos durante las décadas cincuenta y sesenta, que destacaba el carácter emocional y desorganizado de los movimientos.

La teoría de los PE retoma los aportes del interaccionismo simbólico (Blumer, 1969 y Goffman, 1974) y se interesa por

los significados compartidos, las estructuras simbólicas y los esquemas cognitivos que organizan la percepción y la dirección de la acción colectiva. David Snow (1986) acuñó, o más precisamente, modificó y aplicó el concepto de «frame» (marco) de Goffman para referirse a «los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva (Snow citado en McAdam, McCarthy & Zald, 1999).

Por lo general, en las investigaciones comprendidas en esta línea de trabajo, los marcos son presentados como estrategias conscientes de grupos de personas para dotar continuamente al movimiento de esquemas referenciales de acción. Ello requiere de una capacidad de diagnóstico del problema que afecta al colectivo, una definición de quiénes son los componentes, actuales y potenciales del movimiento, y una justificación moral de la acción, además, claro está, de la argumentación de la posibilidad del triunfo.

En esta formación de creencias movilizadoras, que convierten a todo MS en una maquinaria de producción de significaciones de la sociedad (García Linera, Chávez León & Costas Monje, 2010) la resonancia de los marcos, es decir, la vinculación a los saberes populares sedimentados y el stock cultural convocado (Snow & Benford, 1988 y Gamson, 1992) contribuye a su credibilidad y fidelidad narrativa, y a la eficacia de los discursos y los rituales sociales escenificados por el MS.

No obstante, en tanto que sólo puede haber movimiento social si se enfrenta a creencias dominantes que han inhibido la movilización, todo MS tiene como requisito una liberación cognitiva (McAdam y otros, 1999) que impugne las ideas dominantes conservadoras sobre un tema, y proponga su reemplazo por las propuestas por el movimiento. Para ello, los repertorios simbólicos de la acción colectiva (discursos, rituales, escenificaciones colectivas, etc.) se convierten en elementos centrales del análisis.

Fuera de la perspectiva constructivista pero también con ámbito de influencia en EEUU en los años ochenta, el otro enfoque relevante de investigación de los MS es el de las oportunidades políticas que estudia a las constricciones políticas del contexto de surgimiento de los MS y el vínculo de estos con el sistema político institucionalizado (Tilly, 1978 y 1995; Mc Adam, 1982; y Tarrow, 1983 y 1997). Aunque inicialmente los estudios de

movilización de recursos, procesos en marcadores y oportunidades políticas se consideraron excluyentes entre sí, luego, merced a la proliferación de estudios empíricos inspirados en estos, las investigaciones convergieron en una serie de temas de interés común: 1) el análisis comparado de las infraestructuras organizativas que permiten comprender mejor los patrones históricos de la movilización y predecir en qué lugares existe una mayor posibilidad de que se generen movimientos sociales; 2) la determinación de la relación existente entre forma de organización y tipo de movimiento y 3) la comprobación de la influencia que sobre los movimientos pueden ejercer tanto las estructuras estatales como el tipo de cultura organizativa en un país dado (Mc Adam, Mc Carthy & Zald, 1999).

El enfoque europeo: la teoría de los nuevos movimientos sociales (NMS)

Como ocurre con frecuencia, un enfoque representa una reacción crítica contra otro dominante del contexto científico de su surgimiento. Podría decirse que la MR y la PE cuestionan a las teorías del comportamiento colectivo que prevalecieron en la sociología norteamericana desde el siglo XIX hasta la década de 1960, del mismo modo que la de los nuevos movimientos sociales cuestiona el enfoque tradicional prevaleciente en Europa, y su principio de explicación en la división de las clases sociales, y la lucha de clases como el único conflicto real y estructural en la sociedad.

El enfoque de los NMS forjó un modelo teórico basado en la cultura, que negaba la visión funcionalista de esta como conjunto fijo y predeterminado de normas y valores heredados del pasado. Este paradigma fue influenciado por la interpretación posestructuralista y posmodernista, que centraba su atención en los discursos como expresiones de prácticas culturales (Seoane, Algranati & Taddei, 2010) Algunos de sus principales referentes fueron Touraine, Melucci, Castells y Thompson (Longa, 2010).

En particular, Antonio Melucci cuestionó la imagen moderna de los MS por considerarla tradicionalmente fundada en una concepción historicista, lineal y objetivista de la acción colectiva, que concebía a los movimientos sociales agentes clave del cambio social y la modernización de la sociedad a través de los conflictos que suscitaban (1984, 1989, 1996 a y b). Para esa

perspectiva, dirá Melucci, los movimientos eran análogos a las revoluciones, manifestaciones del movimiento interior de la historia, equivalentes al concepto de corrientes o fuerzas históricas. Aunque esta imagen en efecto fue revisada, para Melucci seguirá informando algunos enfoques centrados en la búsqueda de una variable independiente para explicar el surgimiento de los movimientos sociales, como McAdam (1995), cuando hace referencia al concepto de «estructura de oportunidad política» y conceptualiza como secundaria la función de los aspectos culturales del movimiento.

Los cambios que se dieron en las formas de la acción colectiva a partir de los setenta favorecieron la crítica a la percepción de estos como un dato empírico unificado o un objeto unitario. En lugar de asumir la existencia externa de algo que promueve la unidad de acción y tiene sus raíces en el modo de producción o en el sistema valores compartidos, lo que interesa a enfoques como el de Melucci es saber cómo y por qué se mantienen unidos los ms, porque la unidad no es una condición previa sino la resultante de una negociación, interacción y conflicto entre elementos diferentes a la que el analista debe aproximarse como un sistema de acción y de relaciones sociales por descubrir. La propuesta de Melucci se constituye de este modo en una alternativa a la tendencia moderna a la reificación de los ms, que pierde de vista su naturaleza de procesos cambiantes y da por supuesta la unidad que de hecho sólo puede ser el resultado de la investigación de procesos de atribución de significado.

El pensamiento de Melucci se concreta finalmente en una definición de ms que explicita los tres principales aspectos a analizar: un ms es una forma de acción colectiva que apela a la solidaridad –en tanto capacidad de un actor para compartir una identidad colectiva–, explicita un conflicto social y rompe los límites del sistema en que se produce (Melucci, 1985). En el planteo de Melucci todas estas formas de unión son el fruto de procesos de atribución del significado.

En sintonía con esta mirada, Diani (1992) propone una definición de ms como redes de interacción informal, que comparten creencias³ y solidaridad, y desarrollan formas conflictuales de acción que se sitúan fuera de la esfera institucional y los procedimientos rutinarios de la vida social.

Complementariedad de miradas en la investigación latinoamericana

Un buen ejemplo de la complementariedad de las perspectivas constructivistas hasta aquí referidas lo encontramos en Sociología de los Movimientos Sociales en Bolivia. Estructuras de Movilización, repertorios culturales y acción política, una investigación coordinada por Álvaro García Linera, Marxa Chavez León y Patricia Costas Monje (2010) que analiza la constitución interna de los principales movimientos sociales de Bolivia sobre la base de un conjunto de variables, referidas a las estructuras de movilización y los marcos interpretativos. El trabajo originalmente publicado en 2004 versa sobre las

características internas, las bases socio-territoriales, las tácticas de resistencia y lucha, y las alianzas forjadas entre los movimientos sociales que convergieron en la gestación del gran *pachkuti* de trascendencia histórica, política y cultural que significó luego, en el 2005, la elección de Evo Morales Ayma como primer Presidente indígena de toda América del Sur, América Central y América de Norte y del mismo Álvaro García Linera como Vicepresidente.

En esta investigación los MS, aparte de ser considerados organizaciones expresivas de determinadas demandas y necesidades colectivas que las instituciones políticas formales (partidos políticos) no logran canalizar, ya sea porque no tienen la capacidad mediadora, porque no tienen contacto con la sociedad subalterna o porque están en contra de esa demanda, son también concebidos como sistemas organizativos de participación social, de formación de discursos identitarios y de elaboración de propuestas capaces de afectar la arquitectura institucional de los Estados.

De acuerdo con esta concepción estos investigadores entienden que todo movimiento posee al menos tres grandes componentes:

- a) Una estructura de movilización o sistema de toma de decisiones, de deliberación, de participación, de tareas, procedimientos, de jerarquías y mandos que le permiten llevar adelante sus acciones públicas. Es decir, un sistema de procedimientos e instituciones mediante las cuales las fuerzas sociales emplean sus recursos para obtener respuestas a sus demandas.
- b) Una identidad colectiva y registros culturales que le permitan diferenciarse colectivamente, articular experiencias pre-existentes, cohesionar a sus miembros, legitimar sus acciones, identificar a sus oponentes y definir sus demandas.
- c) Unos repertorios de movilización (o protesta) o métodos de lucha, mediante los cuales despliega públicamente su escenografía de acción colectiva para hacerse oír, lograr adherentes y lograr sus metas (García Linera, Chavez León & Costas Monje, 2010).

Investigaciones como esta manifiestan una tendencia a la convergencia pragmática de enfoques que se verifica en la abundante casuística latinoamericana. Más allá de las proveniencias disciplinares y las diferencias entre perspectivas es posible pensar en un análisis integral u holístico de la acción colectiva donde la estructura de oportunidades políticas, la dinámica organizacional de la acción colectiva y las intervenciones en la cultura como matriz significativa colaboran en la comprensión de fenómenos complejos y multicausales.

La acción colectiva de los sectores populares en el análisis cultural ¿Dónde quedó la clase?

La noción de conflicto subyace a todas las definiciones de *MS* hasta aquí reseñadas (Melucci & García Linera, Chávez León & Costas Monje). No obstante, existen distintas concepciones sobre la naturaleza de las bases del conflicto en las que los *MS* se gestan, y que en los enfoques sobre *MS* suelen situarse de forma esquemática y alternativa en la política o la cultura generando importantes controversias.

Una de las críticas más frecuentes a los estudios de corte constructivista alude justamente a esta cuestión cuando señala que frente al reduccionismo político que denunciaron pensadores como Melucci se ha respondido con un «reduccionismo subjetivo» donde la nueva subjetividad política sólo es constituida por una única relación o por varias relaciones no clasistas, sin considerar lo clasista (Wallace, 1999; citado en Esteve, 2010). Así el reduccionismo de la teoría de los *NMS* no permitiría comprender que «los movimientos expresan la trama de fuerzas sociales, políticas, simbólicas y materiales de la formación social nacional, que a su vez se encuentra inserta en la formación del capitalismo mundial» (Vicente Di Cione, 1994). El politólogo argentino Carlos Vilas (1998) alude certeramente a esta cuestión cuando afirma que es cuanto menos inapropiado decir que en América Latina los movimientos sociales luchan tan solo por valores «pos materiales» ya que el sujeto protagónico de los *MS* latinoamericanos no es, como pretenden los estudios sobre *NMS*, el ciudadano en sentido abstracto sino el sujeto popular que expresa y articula la diversidad de sujetos resultantes de las relaciones de explotación económica, opresión política y pobreza. Así los movimientos sociales latinoamericanos son marcadamente populares por tratarse por lo general de expresiones organizativas diversas que las clases subalternas han ido construyendo en sus confrontaciones durante la fase capitalista neoliberal. Asumiendo claro, que las transformaciones del capitalismo durante el neoliberalismo desestructuraron a la clase obrera y a sus organizaciones históricas, y configuraron un sujeto popular que ya no es estrictamente el obrero industrial sino otro diverso y plural, que expresa y articula múltiples relaciones de explotación y opresión capitalistas.

Ahora bien, si en efecto un *ms* es, como dice Melucci, el resultado de procesos de negociación, interacción, conflicto y atribución de significado entre elementos diferentes, es indispensable que discutamos a qué nos referimos cuando hablamos de cultura popular porque en definitiva ese es el contexto cultural en el que se despliega la acción «enmarcadora» de las organizaciones y redes populares.

No obstante la ubicuidad de alusiones a las culturas y los sectores populares, y la abundante casuística dispersa en «estudios de caso» y «etnografías», en el debate académico en torno a la noción de cultura popular «se pospone la reflexión acerca de aquello que los estudios particulares revelan sobre una realidad mayor, pues no cuentan con una definición –de cultura popular– que nos permita captarlos a un nivel más alto de abstracción y generalidad» (Semán & Míguez, 2006).

Esta ausencia de una síntesis satisfactoria es el resultado de una estéril controversia entre paradigmas contrapuestos: uno esencialista, que supone una esencia de la cultura popular, estática, homogénea y ahistórica, fácilmente identificable independientemente de los sistemas de relaciones sociales particulares de los que se tratase, en contraposición a otra relacional, que surge de la observación de los procesos de identificación recíproca en los que se involucran los distintos sectores de la sociedad, y que en sus variantes extremistas peca de un particularismo y un empirismo que impiden la identificación de recurrencias intergrupales e intercontextuales.

Asumiendo un entramado de significaciones sociales policlasista, discernir sin un criterio previo qué es típico de lo popular (es decir, tan solo por la ubicuidad sectorial de su uso) se vuelve una tarea infructuosa. Y aún más si tenemos en cuenta lo que Semán y Míguez señalan, a partir de los trabajos de Hebdige y Clark, sobre el proceso continuo y fluido de apropiación y resignificación entre clases que hace que aquellas significaciones «socialmente válidas» en una clase puedan convertirse, a veces con matices y variaciones, en comunes a muchas otras (Hebdige & Clark, 2002; Mukerji & Schudson, 1991 citado en Semán y Míguez, 2006). Sabemos que la producción cultural específica de los sectores subordinados es propia de su condición social pero el contenido de ésta no puede deducirse mecánicamente de esta posición.

Entonces, si la mera posición estructural no permite discernir un contenido específico de la cultura popular –salvo el de determinar su contexto de producción– cómo se logra, se interrogan Semán y Míguez, su identificación. Retomando la visión interactiva de la cultura de Hebdige y Clark pero sin sus contenidos apriorísticos, Grignos y Passeron (1989) postulan una visión activa (creativa) de la cultura de los sectores populares que les reconoce la capacidad de reelaboración de las culturas convencionales a partir de una matriz alternativa y que puede convertirse en una herramienta analítica fructífera para el abordaje de la acción colectiva en nuestro continente, para el estudio de las organizaciones y movimientos populares latinoamericanos.

Semán y Míguez (2006) formulan una visión activa (creativa) de la cultura de los sectores populares de la siguiente manera:

La emergencia del conjunto de representaciones y prácticas que constituyen las culturas populares sería entonces el resultado de este continuo de interacciones que se dan en condiciones que contienen tanto elementos estructurales, básicos y recurrentes (participación negativamente privilegiada en la distribución del ingreso, el poder y el prestigio social, una matriz cultural compartida, etc.) como elementos aleatorios y coyunturales (por ejemplo la particular combinación de tradiciones culturales que pueden darse en contextos de amplio cosmopolitismo urbano) o directamente la creatividad interindividual que pueden desarrollar los actores en una situación determinada. De este modo queda plenamente establecida la idea de una variedad de culturas populares que representa la gama posible de representaciones y prácticas construibles por actores situados en una misma condición estructural, y pautados por una misma matriz cultural (2006: 22).

Como vemos en esta definición la cultura popular no es un epifenómeno de la posición de los actores en la estructura social pero está mediada por una matriz cultural que regula, sin determinarlas totalmente, las producciones, dándole una cierta recursividad que permite una caracterización general.

A partir de una revisión crítica del trabajo de Robert Cohen de mediados del siglo pasado (1955) y su caracterización de los rasgos básicos de esta matriz popular subyacente, Semán y Míguez proponen una noción de cultura popular en dos niveles de abstracción.

Por un lado, y desde una lógica general de la gestación de cultural de los sectores subordinados, las culturas populares serían los sistemas de representación y prácticas que construyen en interacciones situadas quienes tienen menores niveles de participación en la distribución de los recursos de valor instrumental, el poder y el prestigio, y que habilitan mecanismos de adaptación y respuesta a estas circunstancias, tanto en el plano colectivo como individual.

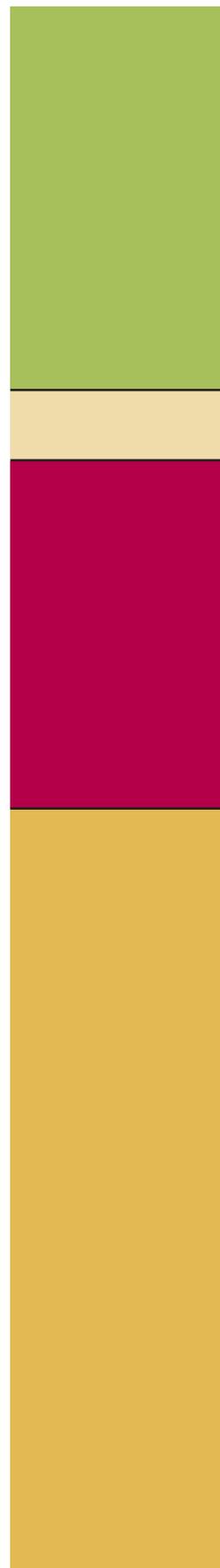
En un nivel menor de abstracción que conduce necesariamente a un debate historizado y específico, y más operativo, las culturas populares podrían definirse a partir de una serie de rasgos prototípicos o «semblanzas de familia» a partir de recurrencias observadas en la casuística disponible. En este último nivel y a partir del análisis de la casuística argentina reciente, Semán y Míguez proponen las nociones de fuerza, jerarquía y reciprocidad,⁴ más una lógica cultural del «postrabajo» como algunos de los rasgos comunes de las culturas populares, a partir de una serie de casos diversos sobre formas culturales urbanas contemporáneas y coterráneas. Estos rasgos me fueron sumamente útiles para situar los procesos enmarcadores que investigo en algunos movimientos populares urbanos que surgieron entre fines del siglo pasado e inicios de este milenio como movimientos de trabajadores desocupados o piqueteros.

Según Semán y Míguez, las culturas populares crean sistemas alternativos de representación en los que los valores menospreciados por otros sectores pueden ser valorados para la obtención de prestigio social. Es por ello que la estructuración jerárquica –y no la horizontalidad plena– son recurrentes en estos sistemas. A diferencia de lo que Cohen planteó a mediados del siglo pasado, sobre como en las culturas populares las obligaciones recíprocas reemplazaban a los sistemas meritocráticos, en la casuística disponible, Semán y Míguez observan que si existe un sistema meritocrático con principios disímiles a los convencionales pero no sin jerarquías. En este sistema los méritos y desméritos tienen valor solo en interacciones personales acotadas, a diferencia de las estructuras convencionales meritocráticas abstraídas de las redes personales que supuestamente regulan las burocracias racionales modernas.

A partir de la crisis del mercado laboral argentino durante el neoliberalismo, los autores reconocen una variación del sentido de la noción de esfuerzo que se manifiesta en su mutación por la de fuerza. La fuerza acentúa temporalmente en el presente y

se presenta como cualidad moral al servicio de la superación de la urgencia en un contexto de incertidumbre.

La ampliación del tiempo libre, la distancia de la disciplina laboral, la proliferación de programas sociales asistenciales, y la transformación del mundo laboral en un algo intolerable e imposible de asumir como fuente de identificación y experiencia positiva han dejado, para Seman y Míguez, un espacio para la reelaboración de la identidad y los estándares de valoración de las clases populares. No obstante, los esfuerzos de las organizaciones de trabajadores desocupados por reivindicar el trabajo, a desactivación del complejo de valores e identificaciones que sostenía la denominada «cultura del trabajo» ha dejado al esfuerzo como una valencia libre.



Referencias bibliográficas

EVANS, Sara (1980). *Personal Politics*, Vintage Books, Nueva York.

GAMSON, William (1992). *Talking Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

GARCIA LINERA, Alvaro; CHÁVEZ LEÓN, Marxa y COSTAS MONJE, Patricia (2010). *Sociología de los Movimientos Sociales en Bolivia. Estructuras de Movilización, repertorios culturales y acción política*, Plural editores / AGRUCO / NCCR Norte-Sur, La Paz.

GOFFMAN, Erving (1974). *Frame Analysis: An essay on the organization of experience*, Harper Colophon, Nueva York.

GOHN, María da Glória (2006). *Teorías dos Movimentos Sociais. Paradigmas clássicos e contemporâneos*. Ediciones Loyola, 5ta edición, Sao Paulo.

LARAÑA, Enrique (1999). *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza Editorial, Madrid.

LONGA, Francisco (2010). *La dimensión cultural en el estudio sobre movimientos sociales en Revista Sociológica de Pensamiento Crítico Intersticios*. Volumen 4.

MCADAM, Douglas (1995). *Initiator and spinn off. Movements diffusion processes in protest cycles*, en Mark Traugott ed. *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, Duke University Press.

----- (1982). *Political process and the development of black insurgency*, University of Chicago press, Chicago.

MCADAM, Doug; MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (ed.) (1999). *Movimientos sociales perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid.

MC CARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (1973). *The trends of social movements in America. Professionalization and resource mobilization*, Morristown, N.J., General Learning Press.

----- (1977). *Resource Mobilization and Social Movements: a partial theory*, American Journal of Sociology 82, (6), pp. 1212-1241.

MELUCCI, Antonio (1984). *And End to social movements?*, Social Science Information Vol 23 Nums 4 y 5.

----- (1985). *The symbolic challenge of contemporary social movements*. Social Research Vol 52 Nro. 4.

----- (1989). *Nomads of the present*. Filadelfia. Temple University Press.

----- (1996a). *Challenging codes. Collective action in the information age*, Cambridge University Press, Cambridge.

----- (1996b). *And end to social movements. A reassessment from the 1990s*. Segunda conferencia europea sobre movimientos sociales. Victoria 2 al 5 de octubre.

MORRIS, Aldon (1981). *The black southern sit in movement: an analysis of internal organization*, American Sociological Review 46, pp. 744 767.

----- (1984). *The origins of the civil rights movements . Black Communities Organizing for change*, Free Press, Nueva York.

SEOANE, José; TADDEI, Emilio; ALGRANATI, Clara (2010). *Principios y efectos de los usos recientes del término «movimiento social». A propósito de las «novedades» de la conflictividad social en América Latina*, ponencia presentada en las «Jornadas de Problemas Latinoamericanos. Movimientos Sociales, Procesos Políticos y Conflicto Social: Escenarios de disputa», Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

SNOW, ROCHFORD, WORDEN y BENFORD (1986). *Frame alignment processes, Micromobilization and Movement Participation*, *American Sociological Review* 2 ,pp. 464-481.

SNOW y BENFORD (1988). Ideology, frame resonance and participant mobilization en Bert Klansdermans, Hanspeter Kriesiy Sidney Tarrow (eds.) *From Structure to action, Comparin Social Movement research across cultures*, Greenwich, Conn, JAI Press, pp. 197-217.

SWIDLER, Ann (1986). *Culture in action: symbols and strategies*. *American Sociological. Review* 51 (2) pp. 273-286.

TARROW, Sidney (1983). *Struggling to reform: social movements and policy change during cycles of protest*. Western societies Program, Occasional Paper Nro. 15, New York center for International Studies, Cornell, University Ithaca, Nueva York.

----- (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.

TILLY, Charles (1978). *From mobilization to revolution*. Reading, Mass, Addison- Wesley.

----- (1993) *Contentiour repertories in Great Britain 1758- 1834*, *Social Science History* 17, pp.253-280,

----- (1995) Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas en: *Sociológica*, número 28, UAM-A, México.

----- (1997) *El siglo rebelde, 1830-1930*, Prensas Universitarias de Zaragoza, España.

Vilas, Carlos (1998). *Actores, sujetos, movimientos:¿dónde quedaron las clases?*, en Neufeld, María Rosa; Grimberg, Mabel; Tiscornia, Sofía y Wallace, Santiago (comp.) *Antropología Social y Política*.



Hegemonía y poder: el mundo en movimiento, Eudeba, Buenos Aires.

WALLACE, Santiago (1999). *Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales*, en Neufeld, María Rosa; Grimberg, Mabel; Tiscornia, Sofía y Wallace, Santiago (comp.) *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*, Eudeba, Buenos Aires.



Notas

1 Me refiero a factores tales como las características socio-estructurales de las sociedades y las tensiones generadas por los procesos de modernización, la distribución del poder y la existencia de oportunidades políticas, entre otros.

2 Entre las teorías «clásicas», aún con supuestos de interpretación y concepción del orden social claramente diferenciados, comparten la denominación común de «teoría del comportamiento colectivo» la que surge dentro de la tradición funcionalista, cuyos más destacados representantes son Smelser (1963), Parsons (1962) y Eisenstadt (1956 y 1972), y la vinculada al interaccionismo simbólico que tiene su origen en los trabajos de Robert Park (1939 y 1972), Park y Burgess (1924) y la Escuela de Chicago.

La diferencia sustantiva entre ambas reside en la relación que establecen entre *ms* y cambio social: para el funcionalista el primero es reacción al segundo. En cambio, los movimientos son para el interaccionismo agencias de cambio social con capacidad de crear nuevas normas. En lugar de considerar el comportamiento colectivo como un fenómeno de desviación social, la Escuela de Chicago se acercó a él como un semillero de nuevas instituciones sociales (Gusfield, 1994:103 citado en Laraña 1999; 50).

3 Dado que el concepto de creencias suele referirse a ideas que tienen un alto grado de estabilidad y firmeza, como sucede con las de carácter religioso o con las que impulsaban a participar en los movimientos clásicos, prefiero junto con Laraña (1999) reemplazarlo por el de

definiciones de la situación, en el sentido planteado antes cuando hice referencia a los estudios sobre marcos de resonancia o procesos enmarcadores, para enfatizar su carácter fluido y cambiante, ya que se construyen y modifican en la interacción en las redes y organizaciones de dichos movimientos.

4 La categoría de fuerza se constituye diferencialmente en el fútbol, el delito, el rock, y la política – no se tiene aguante del mismo modo en una hinchada, un recital o un piquete - como una categoría que otorga jerarquía a una potencia que es a la vez física y moral. La fortaleza, más que tan solo una condición muscular y una capacidad de combate violenta, es una actitud vital con diversas modulaciones según el agente. La categoría de jerarquía hace referencia a una oscilación – o tensión – entre patriarcalismo o conservadurismo y las tentativas débiles pero recurrentes de horizontalidad e igualdad, particularmente observables en la vida familiar. Más allá del ideario igualitarista, Semán y Míguez, observan un patrón que torna diferentes, asimétricos y complementarios los géneros masculino y femenino. Esta jerarquía está también aceptada como principio general, más allá de las impugnaciones a las relaciones clientelares, en la reciprocidad política de los sectores populares porque «si la política es ayuda, el lazo político no puede ser otro que entre ayudadores y ayudados» (27). La categoría de reciprocidad alude a un círculo de dependencias que genera derechos y obligaciones y que, en la medida en que se combina con las jerarquías antes descritas, genera dependencias asimétricas. Las alusiones frecuentes a los «códigos» – incluso aquellas que lamentan su pérdida – dan cuenta de este recurrente rasgo de reciprocidad.